

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

LUNA LLENA

David Durán



Justo S. Alarcón
justo.alarcon@yahoo.com
justo@asu.edu

Digitalizado por Katharsis
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)
Rosario R. Fernández
rose@revistakatharsis.org

LUNA LLENA

Por

David Durán

Los dos grandes amigos habían acordado pasar un divertido fin de semana como tantos otros en esa paradisíaca playa Michoacana, donde regularmente iban a descansar del largo ajeteo causado por las interminables horas de trabajo semanal aunado a los fatigosos estudios. Se podría decir que ésta era una playa privada y que pertenecía a la familia de Daniel, quien era uno de los dos amigos. En este lugar existía originalmente una rústica casita en lo alto de la montaña donde vivían los familiares de Daniel y donde los amigos pasaban los días de asueto. Con el tiempo, la familia construyó una choza nueva junto a la playa, bajo las palmeras de cocos, ahí muy cerca del mar, donde se respiraba la brisa marina, y las olas del mar rugían con gran intensidad queriendo demostrar su preponderancia.

Ese día, como siempre que visitaban ese lugar, tomaron sus motocicletas cuando aun se encontraba a oscuras la mañana para poder llegar después de dos horas de travesía y antes de que el alba despuntara, con el propósito de ponerse a pescar antes de la salida del sol, pues es en estos momentos cuando la pesca es más fructífera. Después de un par de horas, ya ante una abundante pesca, los dos amigos tomaron un rico desayuno, descansaron un rato para emprender la segunda rutina, la cual consistía en ir de cacería adentrándose en la hermosa e imponente selva michoacana con la esperanza de cazar algún venado, jabalí o cualquier otro animal salvaje comestible. Pero como la caza era una rutina de cada vez que visitaban el lugar, el resultado también era una rutina; nunca mataban nada que no fuera el tiempo, disfrutando el verde paisaje. Siempre regresaban con las manos vacías.

Después de su infructuosa incursión por la selva, se dispusieron a saborear una suculenta comida hecha con los peces que habían capturado por la mañana. La pesca había sido tan buena que decidieron pasar el resto de la tarde jugando y bañándose en el mar, divirtiéndose a más no poder, como sólo los adolescentes pueden hacerlo.

A ellos se unió la sobrina de Daniel. Una hermosa chica de escasos 17 años con el pelo del color de los trigales, labios tan rojos como el coral y una figura que sería la envidia de las mismas Afrodita y Venus. Su cuerpo se mezclaba con el mar

dando la impresión que era parte del mismo. Su piel tan blanca parecía que absorbía la espuma del mar o que la espuma del mar era ella misma.

El amor brotaba por los poros de los dos adolescentes. Sí, ambos se amaban, con la ternura del pétalo de una rosa, o con la fuerza de un huracán. Así entre juegos y sonrisas el día se volvió viejo. El astro rey se fue hundiendo en el mar dando inicio a la noche. Los jóvenes se dispusieron a prender una fogata a la orilla del mar. Tocando la guitarra y cantado, los muchachos iniciaron la lunada. Y, fiel al rito, Selene aparece tímidamente para compartir los momentos agradables de aquellos jóvenes. La luna, que en un principio iluminaba muy tímidamente, ahora resplandecía en toda su belleza, mientras besaba las mejillas de la sobrina de Daniel haciéndola ver aun más hermosa. El brillo de Selene era tal que las olas del mar semejaban el universo todo lleno de estrellitas que titilaban coquetonamente.

Ya entrada la noche, los dos amigos felices, pero cansados, se dispusieron a armar su tienda de campaña para acomodarse a descansar y dormir con la mente puesta a levantarse antes del alba del día siguiente para dirigirse a pescar nuevamente.

Serían las doce de la media noche. Mientras Daniel dormía, su amigo, que no podía dormir por tantas emociones, levantó la vista y vio una luz que bajaba rápidamente por las montañas. Esta luz parecía caminar en forma desordenada, como escondiéndose entre los matorrales, pero siempre dirigiéndose en dirección a donde ellos acampaban. Extrañado, el amigo despertó a Daniel mostrándole la anormal iluminación que bajaba a escasos 100 metros de donde ellos se encontraban. Daniel, pensando que se trataba de un ladrón, inmediatamente dirigió sus pasos hacia la cabaña que se encontraba no muy lejos de ellos y tomó el rifle en sus manos regresando rápidamente a la tienda de campaña. Los dos se sentaron en la entrada de la tienda de acampar esperando a que pasara aquel que quién sabe qué diablos buscaba.

Ahí esperaron que pasara ese ser que les tenía tan inquietos. Sólo tres o cuatro minutos después, y a unos cinco metros de ellos, alcanzaron a ver su figura. Ambos se quedaron atónitos sin poder creer lo que estaban viendo. Pero cuando este ser pasó tan cerquita de ellos que sus pisadas levantaban la arena salpicándoles la cara, los incrédulos amigos se dieron cuenta de que no habían errado. Comprobaron que sus ojos no les habían mentado en su primera impresión.

Ahí, frente a ellos, caminaba un ente sin ropa alguna. Su rostro era endemoniadamente infernal. Dos largos pitones, como los de un miura, adornaban su frente. Sus alargados y siniestros ojos parecían dos brasas

ardiendo. Era de ahí, de donde provenía la luz que antes habían visto. Es decir, parecía que de sus ojos brotaban llamas que iluminaban el camino. Su larga nariz daba un aspecto más tétrico aun, mientras sus afilados colmillos sobresalían de sus gruesos y alargados labios. Selene, que brillaba en lo alto del firmamento, pareció asustarse por la presencia de tan diabólico ser y rápidamente se escondió tras las ramas de las palmeras.

Dos largas y deformes piernas eran sus extremidades inferiores. La una parecía la pata de un rumiante, mientras la otra semejava la pata de una gran ave. Su rojizo cuerpo era atlético, musculoso, seguramente con más de dos metros y medio de alto. Inmediatamente comparé su estatura con la de Daniel, que era bastante alto, y que por eso acostumbrábamos jugarle bromas por su enorme tamaño. Daniel parecía un enano a su lado. De donde la espalda pierde su nombre, una larga cola sobresalía moviéndose de un lado para el otro con vigor. Sus manos fuertes y musculosas estaban adornadas por unos dedos enormes y unas uñas tan grandes que parecían garfios de acero.

Selene, escondida tras las palmeras, seguía siendo testigo de todo esto. No, este ente no se ocupó de los dos amigos. Ni siquiera se detuvo un instante para verlos, solamente siguió su camino con rumbo al inmenso mar. Sus pies o patas comenzaron a adentrarse dentro del colosal mar quien, asqueado por tan infernal ser, rugía impotente, pues no podía resistirse a ser profanado con su presencia.

La luna llena seguía de testigo. Mientras los dos amigos le veían, prosiguió caminando, siguió adentrándose en las profundidades del mar de donde ya no salió más. Los dos amigos se quedaron sin habla, sin pánico, sin miedo. Solamente se veían uno al otro, atónitos quizás, como si esto fuese un sueño, como si esto no hubiese pasado en realidad. Daniel recostó su rifle en las paredes de tela de la tienda de campaña. Un rifle que quedó tan mudo como ellos. Los dos se acostaron, los dos se durmieron y nunca más volvieron a hablar del tema. Parecía como si este hecho tuviese que ser borrado de sus mentes por mandato de no se sabe quién. Nadie vio nada, nadie fue testigo de nada. Sólo la luna llena.

Edición digital Pdf para la Biblioteca Virtual Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

rose@revistakatharsis.org

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2008 Revista Literaria Katharsis 2008